

Sergio Cáceres

## Fabián el introvertido



En realidad yo no quiero contar una historia. No me gusta contar historias. Además no sé hacerlo. A veces cuento chistes, pero nadie se ríe y yo tampoco. Soy una persona seria por naturaleza, si es que todavía no se dieron cuenta. Pero declaro que yo no quiero contar una historia y menos esa historia. Estoy seguro que otros lo harán. Al final que no soy el único que la conoce. La conoce también Pedro. Sólo que a Pedro nadie lo conoce. ¿Quién quiere conocer a Pedro? Pensándolo bien, la de Pedro es una historia fantástica pero no la contaría por razones que acabo de exponer. Así es la vida. Llena de tropezones y caídas.

Yo no les temo a las caídas. Mi abuela siempre me decía que no hay nada mejor que una caída para volver a levantarse. Una vez ella se cayó y no se levantó más. Ahora vive postrada en su cama, a veces la levanto yo, pero generalmente lo hace mi madre que para algo es su hija. Yo prefiero salir a tomar helados con la niña de la esquina. No es la más linda que uno pueda encontrar, pero es la más linda de este barrio. Ése tampoco es un mérito porque este barrio está bien feo. Pero ella no es fea, es muy niña y eso le da un encanto que ustedes no pueden imaginar. ¿O sí? Es la hija de un profesor de la universidad.

El profesor me quiere y me tiene confianza, y eso que nunca fui el mejor de sus alumnos. Tampoco el peor. Era un alumno regular. Podría haber sido brillante pero a mí me gusta el bajo perfil. De todos modos el profesor me tiene confianza y me deja ir con su hija a tomar helados. Pese a que es muy niña su cuerpo cada vez es más de mujer, más provocativo, lo que en más de una ocasión me causó cierta perturbación. Sobre todo cuando le da por jugar y me tira de golpes y aproxima su cuerpo al mío. Pero no crean que yo intento algo con esa niña. Soy una persona seria y decente, yo lo único que busco es salir con ella hasta la esquina donde venden helados. Así que mejor les digo de entrada, no se confundan, ésta no es una historia de perversiones. En realidad ésta no es una historia. No estoy contando ninguna historia, porque ni me gusta ni sé cómo hacerlo. Cuando era niño mi padre quería que cuente una historia todos los domingos después de almorzar. Eso me traumó. Por eso los domingos, después del almuerzo, me pongo a llorar como un niño, lo que confunde e irrita a mi novia. Es un proceso histérico, según me explicó un psicólogo. Ése psicólogo también quería que le cuente mi historia. Pero yo no quería que él conociera mi historia así que me inventé otra. Fue la única vez que conté una historia sin tener problemas. Quizás se deba a que tenía que pagar por hacerlo y eso me creaba cierta obligación. El trato es que le conté una superhistoria, con más de mil extras, explosiones y una rubia oxigenada que acababa en la cama del protagonista, es decir yo. Le gustó mucho al psicólogo, y por eso me llevó a un sitio para que cuente esta historia a más gente, pero al verlos me dio miedo y no conté la historia. Trate de contar un chiste y todos se

rieron. Pero yo no sabía que no se reían del chiste sino de mí. Soy un poco gracioso. No soy alto y estoy algo gordo, lo que me da una apariencia entre afable, bonachona y ridícula. Me jodí que se rieran y me fui. Decidí cambiar de psicólogo y de terapia. Me di cuenta que lo que me habla falla era una terapia de grupo, pero de grupo de rock. Llamé a un vecino que loca la batería y éste llamó a su amigo que toca el bajo, yo tengo un primo que toca guitarra y entonces formamos un grupo de rock. El asunto nos salió de lo más natural. Ellos tocaban y yo cantaba, además era el encargado de las letras. Rápidamente alcanzamos éxito. Firmamos contratos, salimos de gira, grabamos discos y siempre teníamos fans esperándonos a la salida. Algunas venían y se acostaban con nosotros, otras se acostaban con otros y las más se acostaban a secas. Y es que el verano en mi pueblo es bien seco. Por eso nos fuimos a la capital para triunfar, ahí hay humedad. Todas las noches tocábamos en algún bar y todas las noches había fans diferentes. Era la gloria, estábamos locando el cielo con las manos, pero con lanta lama y lanta terapia de grupo mi mal se había curado (no curado, los psicólogos no utilizan esa palabra, pero no recuerdo cuál utilizan) decidí retirarme.

Volví a mi pueblo. Como me salí del grupo, rápidamente mi fama se disipó. Yo quería empezar a decidir por mí mismo y decidí entrar a la universidad donde fui un alumno regular, sin pretensiones ni afán de figuración; lo que se llama un don nadie. Pero a la universidad le debí haber conocido a la niña con quien voy a tomar helados, la hija de mi profesor, ¿se acuerdan?

A veces no sé si me estoy enamorando de esa niña. Es muy niña y eso suele traer problemas. El que con niñas se acuesta amanece en la cárcel, dice el viejo refrán. A veces quiero volver a ser una estrella de rock, ellos hablen lo que quieren y no les pasa nada. Jerry Lee Lewis se casó con su prima que era menor de edad. Poe también se casó con su prima que era menor de edad, pero es un mal ejemplo, porque a Poe le fue mal, y viéndolo bien a Jerry también.

Lo bueno es que la niña no es mi prima. Es prima de otras personas a las que no conozco ni quiero conocer. También es hermana y es hija. Pero esas cosas no me importan, a mí me basta con que sea niña y le gusten los helados. A mi novia

no le cae muy bien eso de que todos los días, a las cinco de la tarde, me la pasa tonteando en la plaza con la niña. "Pero si es una niña", le digo cuando me hace algún reproche. "Sí, pero está creciendo la hija de puta, y cómo", me dice ella, imitando con las manos el tamaño de sus senos. Exagera, los senos de la niña no son muy grandes. Son exactos para caber en el cuenco de la mano. No los he tocado. No vayan a pensar mal, pero cuando ella está distraída me los quedo viendo. Me provocan una inmensa lencería y excitación. Los imagino cómo serán. La curvatura de la piel, la suavidad, la dureza del pezón ante la primera caricia. Entonces ella se va y yo me quedo aborrotado, entonces corro donde mi novia para hacer el amor salvajemente.

Mi novia no es ninguna niña, pero tiene una carita infantil. Eso despierta mis perversiones. Pero no quiero hablar de eso porque es de mal gusto. Sólo quiero decirles que mi novia, a veces, me recuerda a la niña y eso me pone a mí. Quizás me estoy enamorando de ella. Mi novia lo intuye, intuye todo y cree que me quiere dejar. El otro día la vi en un café totalmente fascinada hablando con un viejo. El señor hablaba y hablaba y a ella se le caía la baba. Ojalá se vaya con él para yo pueda quedarme con la niña. Quizás hasta la podría adoptar. Aunque para eso tendría que morir su padre. De la madre ya se encargó el buen dios de las alturas. Nada es imposible, algún pequeño arreglo podría hacerse... El asunto es que ella quedaría huérfana y yo la pediría en adopción. Pero me la negarían porque no tengo trabajo y además no estoy casado y ella se iría a un orfanato. Yo iría todas las tardes a las cinco para llevárselas los helados. Pero eso no sería suficiente. Yo querría más. Entonces correría a buscar a mi novia para que nos casemos y adoptaría a la niña. Ella viviría conmigo, yo le daría todo lo que tengo, todo lo que soy, todo, todo, todo para que crezca, bella, infantil, seductora, y todo para que un día la muy puta se enamore del sobrino del heladero y se case, y me deje con mi novia, casado, alada, ella, mirando envejecer su cara infantil, su cuerpo cada vez con menos perversiones y yo cada día con menos impulso, olvidándome de la niña y los helados y sus senos a las cinco de la tarde. Olvidándome que luce sueños, que fui una estrella, olvidándolo todo para quedarme a ver el rostro arrugado de mi novia todos los alardeceres.



Sergio Cáceres García. La Paz, 1971  
Es editor del periódico 'El juguete rebeldé'

